

Memorias de una mujer irreverente, de MARTA VERGARA.
Zig-Zag, Santiago, 1962.

He aquí que es necesario confesarlo: leo muy poco libros de mujeres. Mas tal menguada lectura no es un prurito de menosprecio sino la mera actitud de quien espera. El último, leído el año que pasó, era un ensayo de la norteamericana Marjorie Grene, mujer de la más brillante inteligencia. Y bien, ahora, un poco tardíamente, he leído las *Memorias* de Marta Vergara, mujer de inteligencia ni un ápice menos brillante.

Memorias pletóricas de una vida sorprendente, escritas con la soltura sólo accesible al escritor nato (así esté constreñido todo un mes en una sola línea). Memorias de una capacidad retentiva privilegiada, aun supuesto el aporte de notas y apuntes que la autora llevara durante su vida, pues sólo el recuerdo vivo puede dar un encadenamiento tal, una continuidad elástica tan amplia que puede hacer que los hechos más tangentes se ensamblen en un solo cuerpo y bajo un mismo aliento. Es la diferencia y grande que va del Diario a las Memorias, no obstante arrancar ambos de idéntico principio. Aquél —salvo los llevados concienzudamente por seres románticos— es calidoscópico, yuxtapuesto, y, como si dijéramos, temperamental; éstas son un todo masivo, consolidado bajo la mirada que apaciguó la vida y cuya trabazón por encima del tiempo permite un desarrollo de fluidez novelesca. Hay que anotar otra referencia que afecta las Memorias por lo que implican de “posición final”: su autor está expuesto a ser “calificado” en todos los sentidos, en particular el moral y el social, calificación de que siempre termina por escurrirse el novelista. Y aún más el poeta. Cuanto a Marta Vergara, su semblanza moral puede encerrarse en ocho palabras que saltan de su libro con toda la sencillez de una actitud incorruptible: “Entre humillar y ser humillada prefiero lo segundo”. Principio expresivo de toda una fisonomía ética que reaparece indemne desde los pasajes más irreverentes de su obra.

Comentando este libro oímos decir a una persona: “Bueno, es cuestión de tener buena memoria”. Mirándola, añadimos: “Buena memoria, un semejante bagaje de experiencias no del todo venturosas y... saber escribir”.

En efecto, saber escribir. Esta autora comienza su libro con un confiteor de pura cepa literaria y animado por esa belleza que es la más difícil: la apenas perceptible, pero perceptible siempre. Trozo que, no obstante su intensidad, logró ser escrito con esa llaneza que no tiene una palabra sobrante. Y si así es al comienzo, en todo el libro se despliega variada y abundante, desde el grato juego con los giros preciosos del arte literario: “sus palabras se arrojaron en esa entonación pretendidamente sensual” y “Al servicio de un aviso comercial se enrosca una voz de oro”, o la observación desnuda y directa: “para ellos era como la libido para los freudianos”, esto es, el fondo burgués que el partido ve ¿o veía? en todos sus militantes venidos de clases altas; o la descripción en que las sensaciones vividas alcanzan, por su misma virtud de soslayar todo sentimentalismo, una emocionante veracidad: “También volví a vivir relaciones de mi infancia con las agencias. La única diferencia estaba en que esta vez no llevaba los paquetes. Marcos los acarrea de todos los

tamaños. Esa auténtica aunque inexacta sensación de ser distintos, de ser horriblemente pobres, de ser los únicos pobres que caminaban por la ciudad, me echaba a veces encima Nueva York con todos sus rascacielos... La pobreza es como un dolor del cuerpo. El vecino es cuerpo ajeno y las razones consoladoras poco sirven como unguento"... "El paisaje arrobaba, la paz hacía llorar de ansiedad por atraparla, pero eso no era todo. Ese paisaje y esa paz concernían a un Estado de la Nueva Inglaterra en cuyo espíritu yo no encajaba". Hasta que llegamos a su invocación final en que su don de escritora se vuelca breve, penetrante, casi turbado y turbador.

¿Cuáles vienen a ser las notas dominantes del libro de Marta Vergara? Humanamente, la pobreza; socialmente, su cisma con el partido comunista; entre ambas dominantes, una incansable tarea por la liberación de la mujer, y el todo vivificado por una ironía que va dando constantemente en pleno blanco: está refiriéndose a una meretriz que en el tren, muy señora, trata de atraerla, con lo que la autora se pregunta si "habrá también en ese medio el título de encargada de relaciones públicas". Más adelante, hablando de Minerva Bernardino, dominicana manejada por Trujillo ante la Comisión Interamericana de Mujeres, hace el retrato de esta señora delegada con una cabeza "surgiendo de un busto cortito, suspendido, levantado como un balcón". Y de pronto avanza hasta la descripción francamente cómica, como la de los loros del Palacio de la Unión Panamericana, loros bilingües pero que tenían la desgracia de aprender el inglés de los latinoamericanos y el español de los yanquis... Y esta amadora de París, el magnético París, dice, sin embargo, irreverentemente en la página 52: "El edificio Port-Royal, a pesar de estar recién concluido, tenía chinches... Se multiplicaban invenciblemente; es posible que estuvieran en París desde los tiempos de Clodoveo y formaran parte de sus entrañas". Y luego una irreverencia algo más internacional: "El francés decora la mugre... El alemán, el suizo y el holandés prohíben la mugre para evitarse el trabajo de extirparla. Al revés del norteamericano que se ensucia sin cuidado y se lava, éstos no se ensucian para no lavarse".

Y la escritora, a ratos, con su sinceridad, se eleva a una modestia impresionante. Tal su relato, en la página 219, del acarreo que hubo de hacer de los bultos con sus pertenencias y "también" con las de su marido ausente. Semejante acarreo tiene contornos heroicos. No es menos tocante el relato tan exento de vanidad y que tiene, tal vez por ello, un indefinible casi paradójal señorío, de su matrimonio con el señor Chamudes, así como el de su separación. He aquí uno y otro: "Me resistí bastante al matrimonio. La diferencia de edad, la confesión tácita de que el novio se amarraba con el bendito lazo como una manera de impedirse otras evasiones hacia lo desconocido, no me llenaban de alborozo. El partido lo había zamarreado y Ravines anunciado un proyecto de expulsión si no escogía entre una dama que lo torturaba y mi persona. Pero la dama (a la cual asocié con Lucy Tantamount por ser yo tal vez una burguesa literata, como diría el partido, y porque en esos días leía sin parar "Contrapunto" de Huxley) lo quería solamente para usarlo de variadas maneras. Era una de esas vengadoras del

sexo femenino que toman y dejan cuando quieren. Aun otra mujer podía reconocer su extraordinario interés tanto físico como intelectual. Explicaba y justificaba el garrotazo sentido por el compañero Chamudes. A primera vista nadie pensaba en la decidida orientación sexual de sus decisiones. Sembraba un ángel de la catedral de Chartres. Un ángel espigado, sin una insinuación de redondez renacentista, serio, aferrado voluntariosamente al comunismo como mucha gente infeliz. Incapaz de entrar en compromisos, atropellaba a la aristocracia de la cual venía. . . . si alguno en la calle le ofrecía el concurso de su sexo, se disparaba a suponer en cuántos rounds lo dejaría como pluma al viento; si no encontraba un objeto en un cajón, por su boca de ángel salían los chilenismos ensartados". Y el fin: "Marcos me ayudó a zanjar el dilema. Había encontrado un departamento amoblado en el mismo edificio de la calle 57 en que viviéramos antes. El sueldo que tenía le garantizaba ciertos agrados, y como conocía ahora el approach, ya no estaba enojado con la diosa neoyorquina. Por último, las privaciones del pasado y su participación en la guerra le daban derecho a un período de compensaciones y reajustes. En las posibilidades de la nueva vida salía sobrando; sospeché que necesitaba libertad. Si me quedaba me odiaría. También yo misma. Nunca había querido pensar en la vida de nadie y dentro de lo que pudiera evitarlo así lo haría . . . si mi suerte personal se estropeaba, ayudaría por lo menos a mejorar la de las otras. Me volví a Washington".

El rompimiento de la escritora con el partido comunista se produjo sin resolución final, ya que las altas autoridades del mismo nunca llegaron a pronunciarse. El del compañero consorte, Marcos Chamudes, fue más espectacular. Como enemigo, este partido, al parecer, no es ninguna broma. He visto a Chamudes y hablado con él sólo dos veces. Al correr de estas páginas su estampa responde a mi imagen sólo hasta cierto punto, lo que es lógico, pues en ellas se mueve bastidoras adentro. A decir verdad, gana y no gana.

No pocas veces estas *Memorias*, a causa de ese estilo neto que da el saber lo que se dice, nos ha atraído el recuerdo de *El Segundo Sexo*, de Simone de Beauvoir, libro que a su vez la autora menciona. Además, ambas escritoras han captado en sus experiencias el quid más difícil del problema feminista: proclamar no lo que a la mujer le falta o lo que se le niega, sino de lo que el preciso y previo librarla: sus taras mentales, esa especie de rémora que es su propio juicio y que los siglos de "denxième siècle" hicieron crecer como adherencias en su centro encefálico¹. Por otra parte, la experiencia y las luchas de la chilena en el terreno, con ser menos trascendentales, aparecen más convincentes.

¹Cabe aludir a la observación que Marta Vergara hace en la página 75: "Entre la mujer oriental con sólo los ojos descubiertos y la mujer de la década del 60 con los ojos cubiertos por enormes anteojos negros y el

cuerpo sin cubrir, hay largo recorrido", recorrido o avance que, si se piensa, queda siempre circunscrito al papel sexual de la mujer. El otro, su reconocimiento como "ser capaz", va algo más lento sin duda.

•
• •

Es visible que unos nacen para ricos y otros para pobres, hecho fatal que explica el que haya no pocos cretinos con dinero y tantos que no lo son, privados de él. Una prueba: esta memorialista, mujer de la que puede enorgullecerse cualquier país como exponente de su cultura y de su genio étnico, fue perseguida por la pobreza toda su vida, y su lucha ha sido tanto más patética si se tiene en cuenta su raigambre aristocrática. Mas... muy escondido y secreto, ¿no habrá en ciertos seres de excepción una pequeña arrogancia complaciente en sus pellejerías? Cuesta aceptarlo porque la pobreza hace saborear amarguras que aquellos ajenas a ella no podrán aquilatar nunca; amarguras cuya impronta no borrará nada ni nadie jamás.

*
• •

Dije al comienzo que esperaba. No siempre quien lo hace desespera: he visto aparecer a la única escritora de este país capaz de moverse a sus anchas en el terreno nada practicable del ensayo y el cual terreno, salvo Amanda Labarca, María Soledad Uribe y alguna otra en sus especialidades, no había sido aún ocupado en pleno por una mujer, y, convengamos, lo ha sido bien escasamente por algunos varones. Porque en este libro la autora incursiona repetidamente en el ensayo llevada por reflexiones vivísimas que registra con acabado estilo y que en el futuro quizá llenen todo un libro en prestigio de nuestras letras. Esto, claro, si algo o alguien vence el escepticismo inquietante que, al parecer, satura el alma de Marta Vergara.

MARÍA CAROLINA GEEL

El Santo y el Arzobispo y Ultimos Puntos de Vista, de WILLIAM SOMERSET MAUGHAM. Editorial del Nuevo Extremo, Santiago, 1959.

Bajo el sello de esta Editora se han publicado las versiones castellanas de las dos obras que ponen fin a la larga trayectoria literaria de William Somerset Maugham. Fueron sesenta años de actividad —se inició el escritor en 1897 con *Liza de Lambeth*— y desde entonces empezaron a fluir más novelas, obras de teatro, guiones cinematográficos, ensayos y algo de autobiografía. Difícil sería encontrar entre el público medianamente lector a alguien que no conozca una obra de Maugham. Difícil, digo, porque escribió con el objeto primordial de entretener —y la mayoría lee por deleite. Plena-mente consciente de sus virtudes y limitaciones, se ciñó con severidad a aquellas esferas de la expresión literaria que conocía bien, rechazando toda tentación de trascender las fronteras que le eran naturales. Sabia medida. El propio Maugham confiesa que su visión no es tan penetrante como la